

*Rosa Navarro Durán – Catedrática de Literatura Española de la Universidad de
Barcelona
“Visión del amor y de la mujer en Cervantes”*

La presencia de la mujer en la obra de Miguel de Cervantes es sumamente rica y llena de complejidad. No es posible hacer una síntesis de comportamientos, de papeles, a riesgo de caer en un simplismo engañoso y falaz. Todas sus obras tienen mujeres espléndidas, tanto las dramáticas como las novelescas, y lo son no sólo las “reales” sino las “imaginarias”. Don Quijote, en cuanto ha encontrado nombre para su nueva identidad, se da cuenta de que le falta “buscar una dama de quién enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma”, y su Dulcinea cobra vida y fuerza en su nada y sigue siendo “la más hermosa mujer del mundo” incluso después de vencido su caballero en la playa de Barcelona. Pero también él se encontrará en su caminar en busca de aventuras con unas damas espléndidas: tanto Dorotea como la duquesa son dos bellas mujeres con enorme gracia, con fuerza, con imaginación, con sentido del teatro. La primera vez que D. Quijote “de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico” es cuando entra en el castillo de los duques: en él vivirá aventuras a su medida gracias a las trazas de la duquesa.

Cervantes deja que ella lleve las riendas del relato durante un buen trecho, y lo mismo hará con otras damas en mucho momentos de sus Novelas Ejemplares. Crean peripecias, viven anagnórisis, actúan, sienten y hablan; hay magníficas damas disfrazadas de hombre y, sobre todo, en sus relatos hay estupendas tracistas, damas de comedia, que inventan, urden trazas para conseguir lo que quieren y lo logran. Cervantes siempre confía en las mujeres; incluso como narrador se dirige a ellas, como en La Gitanilla, o se convierte en su cómplice, como en El Celoso Extremeño. La más deliciosa escena de toda su obra – brevísima y gratuita en el relato – la protagoniza una adolescente en La Española Inglesa, una doncella de la reina Isabel: aprovecha el atuendo épico del protagonista para una escena de tocador. La más bella defensa de la libertad está en boca de otra mujer, la pastora Marcela del Quijote: “Yo nací libre”; y el más bello verso de Cervantes, en la de otra pastora, la desamorada Gelasia de La Galatea: “rosas son y jazmines mis cadenas”.

En el tiempo de una charla, sólo pueden esbozarse retratos de algunas – muy pocas – de las espléndidas damas de sus relatos, y de la complicidad que tiene el escritor con ellas. Eso sí, serán esbozos del natural; es decir, de los textos de Cervantes.